



# AHORA

MARTES, 3 DE OCTUBRE

**S**i dibujaras una línea recta desde mi apartamento en San Francisco hasta Berkeley, serían solo dieciséis kilómetros y medio, pero sin automóvil, e incluso en el mejor horario para viajar, lleva más de una hora llegar ahí.

–Tomé el autobús a las seis de la mañana –digo–. Dos líneas del BART y otro autobús más. –Miro mi reloj de pulsera–. Siete y media. Nada mal.

Sabrina se limpia los restos de leche espumosa del labio superior. Por mucho que entienda por qué evito los automóviles, sé que hay una parte de ella que piensa que debería superarlo y comprar un Prius o una Subaru, como cualquier otro residente del Área de la Bahía que se respete a sí mismo.

–No permitas que nadie diga que no eres una santa.

–Vaya si lo soy. Tú me hiciste abandonar mi burbuja.

–Pero lo digo con una sonrisa y miro a su pequeña hija sobre mi regazo. Solo he visto a la princesa Vivienne dos veces y ya parece haber duplicado su tamaño–. Pero al menos *tú* vales la pena.

Sostengo bebés todos los días, pero nunca se siente así. Sabrina y yo vivíamos a una habitación de distancia en el campus de Tufts. Luego nos mudamos a un apartamento fuera de la universidad antes de subir de nivel en la escala social, o algo así, y trasladarnos a una casa en ruinas durante nuestros respectivos posgrados. Por arte de magia, las dos terminamos en la Costa Oeste, en el Área de la Bahía, y ahora ella tiene un *bebé*. Que ya tengamos edad para hacer esto (parir hijos, *criarlos*) es una sensación de lo más extraña.

–Anoche estuve despierta con ella hasta las once –dice Sabrina, mirándonos con cariño. Aparece cierta ironía en su sonrisa–. Y a las dos. Y a las cuatro. Y a las seis...

–Bueno, *tú* ganas. Pero para ser justa, ella huele mejor que la mayoría de las personas en el autobús. –Le voy un besito a Viv en la cabeza y la acomodo mejor en el hueco seguro de mi brazo antes de tomar mi café con cuidado.

La taza me produce una sensación rara en la mano. Es de cerámica, no es un vaso descartable ni el inmenso vaso térmico de acero inoxidable que Sean cada mañana me llena hasta el borde al asumir (con mucha razón) que necesito una dosis colosal de cafeína para poder enfrentar el día. Hacía siglos que no tenía tiempo de sentarme a beber algo con una taza de verdad.





–Ya luces como una mamá –dice Sabrina, observándonos desde el otro lado de la mesita de la cafetería.

–Los beneficios de trabajar con bebés todo el día.

Sabrina se queda un segundo en silencio y me doy cuenta de mi error. Regla básica número uno: nunca hablar de mi trabajo delante de madres, en especial de madres *recientes*. Prácticamente escucho su corazón saltando al otro lado de la mesa.

–No sé cómo lo haces –susurra.

Esa frase ya es un coro reiterativo en mi vida. Mis amigos no logran entender por qué he tomado la decisión de dedicarme a la pediatría en la UCI: la unidad de cuidados intensivos. Como siempre, le veo en la mirada esa sospecha de que quizá me falta alguna fibra sensible, cierto instinto maternal que debería evitar que pudiera ver todos los días cómo sufren los niños enfermos.

Le digo a Sabrina mi respuesta habitual, «Alguien tiene que hacerlo», y luego añado:

–Y soy buena en ello.

–No me cabe duda de que lo eres.

–Ahora, ¿neurología pediátrica? *Eso* sí que no podría hacerlo –digo y me muerdo los labios para no decir más.

Cállate, Macy. Cierra tu boca parlanchina.

Sabrina asiente un poco, mirando a su bebé. Viv me sonríe y sacude las piernas con entusiasmo.

–No todas las historias son tristes. –Le hago cosquillas en el estómago–. Todos los días suceden pequeños milagros, ¿no es así, bonita?

–¿Cómo vienen los preparativos para la boda? –El cambio de tema brota de Sabrina con tanta brusquedad que me estremece un poco.

Gruño, acerco el rostro al cuello de Viv, que tiene ese dulce olor a bebé.

–Veo que muy bien, ¿eh? –Riendo, Sabrina extiende los brazos hacia su hija, como si fuera incapaz de compartirla por más tiempo. No la culpo. Viv parece un ovillo cálido y tierno entre mis brazos.

–Es perfecta, cariño –digo en voz baja y se la entrego–. Es una niña maravillosa.

Y, como si todo lo que hago estuviera entrelazado con mis recuerdos de *ellos* (la vida ruidosa en la casa de al lado, la familia numerosa y caótica que nunca tuve), me invade la nostalgia por el último bebé no relacionado con el trabajo con el que he pasado tiempo de calidad. Es un recuerdo de mi adolescencia, en el que miro a la bebé Alex dormir en su mecedora.

Mi cerebro rebota entre cientos de imágenes: la señora Dina haciendo la cena con Alex amarrada contra su pecho. El señor Nick sosteniendo a Alex entre sus brazos robustos y peludos, mirándola con la ternura de un pueblo entero. George, de dieciséis años, intentando (sin éxito) cambiarle el pañal sin que haya un accidente sobre el sofá familiar. La austeridad protectora de Nick Jr., George y Andreas mirando a su nueva hermanita adorada. Y luego, inevitablemente, mi mente recuerda a Elliot esperando en silencio, allá en el fondo, a que sus hermanos mayores empezaran a pelear, a





correr o hacer lío, para poder recoger a Alex, leerle, darle toda su atención.

Me duele extrañarlos tanto a todos, pero en especial a él.

–Mace –dice Sabrina.

Parpadeo.

–¿Qué?

–¿La boda?

–Sí. –Me cambia el humor; me agota la idea de planear una boda mientras hago malabares con una jornada de cien horas semanales en el hospital–. Aún no hemos avanzado mucho. Todavía debemos escoger la fecha, el lugar... todo. A Sean no le importan los detalles, lo cual creo que es... ¿bueno?

–Por supuesto –responde con alegría falsa, moviendo a Viv para darle el pecho con disimulo en la mesa–. Además, ¿cuál es la prisa?

Bajo su pregunta, subyace una idea melliza enterrada a muy poca profundidad: «Soy tu mejor amiga y solo he visto al hombre dos malditas veces. ¿Cuál es la prisa?».

Y tiene razón. No hay prisa. Si bien solo llevamos juntos unos meses, Sean es el primer hombre que he conocido en más de diez años con el que puedo estar sin sentir que debo contenerme. Él es relajado, tranquilo, y cuando su hija de seis años, Phoebe, preguntó cuándo nos casaríamos, eso pareció haberle despertado algo que hizo que más tarde me propusiera matrimonio.

–Te juro que no tengo ninguna novedad interesante –le digo–. Espera, no. Tengo que ir al dentista la semana que viene. –Sabrina se ríe–. A esto hemos llegado. Esa es la única

cosa, además de ti, que rompe la predecible monotonía de mi futuro: trabajar, dormir, repetir.

Sabrina lo toma como la invitación que es para hablar libremente sobre su nueva familia de tres, y despliega una lista de logros: la primera sonrisa, la primera risa, y ayer, un puño diminuto y preciso que sujetó con firmeza el dedo de mamá.

Escucho, me encanta cómo a cada detalle normal lo considera como lo que realmente es: un milagro. Me encantaría poder escuchar esos «detalles normales» todos los días. Me encanta lo que hago, pero extraño... conversar.

Hoy entro a la UCI al mediodía y es probable que trabaje hasta la mitad de la noche. Luego volveré a casa, dormiré unas horas y repetiré la rutina mañana. Incluso después del café con Sabrina y Viv, el resto de este día se fundirá con el siguiente y (a menos que algo muy espantoso ocurra en la unidad) no recordaré ni un solo detalle.

Así que, mientras ella habla, intento absorber lo máximo posible del mundo exterior: inhalo el aroma a café y pan tostado, el sonido de la música bajo el zumbido de los clientes. Cuando Sabrina se inclina para tomar un chupete de su bolso maternal, alzo la vista hacia la barra y observo a la mujer con rastas rosadas, al hombre más bajo con un tatuaje en el cuello que está tomando los pedidos y al torso largo y masculino que los está mirando y que me devuelve a la realidad con una bofetada.

Tiene el cabello casi negro, grueso y, despeinado, le cae sobre las orejas. Tiene la cabeza inclinada hacia un costado.





La parte inferior de su camisa sobresale por encima de los jeans negros gastados que lleva puestos. Lleva unas alpargatas con un estampado a cuadros *vintage*. Un morral usado le cuelga del hombro y descansa contra la cadera opuesta.

De espaldas a mí, podría ser cualquiera de los miles de hombres que viven en Berkeley, pero sé con exactitud quién es este hombre.

Lo delata el pesado libro con las esquinas de las hojas dobladas que lleva bajo el brazo: solo una persona que conozco relee *Ivanhoe* todos los octubres. Como un ritual y con devoción absoluta.

Incapaz de apartar la mirada, quedo presa de la expectativa, esperando el instante en que se voltee y pueda ver cómo lo han tratado los últimos once años. Apenas pienso en mi propia apariencia: el ambo verde menta, las cómodas zapatillas, mi cabello recogido en una coleta desordenada. Aunque ninguno de los dos nunca le prestó atención a nuestro aspecto. Siempre estábamos demasiado ocupados memorizándonos mutuamente.

Sabrina me llama mientras el fantasma de mi pasado paga su café.

—¿Mace?

Parpadeo y la miro.

—Siento. Lo. Siento. El... ¿Qué?

—Solo te estaba contando de un sarpullido por el pañal. Pero me interesa más saber qué te ha puesto tan... —Voltea para seguir la dirección que había tomado mi mirada—. *Oh*.

Ese «Oh» no es porque comprenda la situación. Su «oh»

solo se debe al aspecto del hombre de espaldas. Es alto, algo que sucedió de pronto, cuando cumplió quince. Y tiene hombros anchos; eso también sucedió de pronto, pero más tarde. Recuerdo haberlo notado la primera vez que se puso de pie delante de mí en el clóset, con los jeans en las rodillas, y su espalda robusta cubrió la luz tenue del techo. Tiene cabello grueso, pero eso siempre ha sido así. Sus pantalones tiro bajo calzan sobre su cadera y su trasero luce increíble. No... tengo idea de cuándo sucedió *eso*.

Para resumir, luce exactamente como el tipo de hombre que observaríamos en silencio para luego intercambiar miradas entre nosotras con una expresión silenciosa que grita «Vaya, ¿no?». Es una de las revelaciones más surrealistas de mi vida: él ha crecido y se ha convertido en el tipo de desconocido que contemplaría en secreto.

Es bastante extraño verlo de espaldas, y lo observo con tanta intensidad que, por un segundo, me convengo de que no es él.

Podría ser cualquiera... Y, además, después de una década sin vernos, ¿qué tan bien conozco su cuerpo?

Pero luego se da la vuelta y siento que el oxígeno se ha ido del lugar. Es como si me hubieran dado un puñetazo en el plexo solar, se me paraliza el diafragma un momento.

Sabrina oye cómo se me corta la respiración y se da la vuelta. Percibo que empieza a levantarse de la silla.

—¿Mace?

Inhalo, pero es una respiración profunda y algo ácida que hace que me ardan los ojos.





El rostro de él está más angosto; su mandíbula, más marcada; su barba incipiente, más frondosa. Aún usa el mismo estilo de gafas con marco grueso, pero ya no lucen gigantes en su rostro. Los cristales todavía agrandan sus brillantes ojos avellana. Su nariz es la misma, pero ya no parece demasiado grande. Y su boca también es igual: recta, suave, capaz de esbozar la sonrisa sarcástica más perfecta del mundo.

Ni siquiera puedo imaginar la cara que pondría si me viera aquí. Sería una que nunca le he visto hacer.

–¿Mace? –Con su mano libre, Sabrina me toma del antebrazo—. Amiga, ¿estás bien?

Trago saliva y cierro los ojos para romper mi propio trance.

–Sí.

–¿Segura? –Suena poco convencida.

–Pues... –Trago de nuevo, abro los ojos con la intención de mirarla, pero una vez más mi vista merodea detrás de ella—. Ese chico... es Elliot.

Esta vez, su «Oh» significaba que lo había entendido todo.